

EL PAIS DE LAS MONTAÑAS AZULES



COLECCION MARUJITA Nº 74
AÑO III

El país de las

montañas azules

BIBLIOTECA NACIONAL DE DOCUMENTOS
Y DEL ESTUDIANTE ARGENTINOS

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL MOLINO - Buenos Aires (Argentina)

PRINTED IN ARGENTINA



EL PAIS DELAS MONTAÑAS AZULES

La princesita María lloraba en un rincón de una de las habitaciones del palacio. Era tan desdichada, que sus lágrimas llegaron a formar un charquito en el suelo.

—¿Por qué lloráis, princesita María? — preguntó su anciana aya, llevando un pañolito limpio para secar sus lágrimas.

—Lloro porque la Reina, mi madre, no ha mejorado hoy—contestó María.—Hace ya muchos días que está enferma y me duele verla tan pálida y flaca. ¿Por qué no la curan los médicos?

—Su dolencia, princesita, no puede ser curada por los médicos—contestó el aya, muy triste.—Se debe a un encantamiento de que la han hecho víctima.

La princesa María se echó a llorar, todavía con mayor tristeza, y el aya se asustó al verla. La tomó en brazos y la sentó en sus rodillas.

—Callaos, querida. Quizá no sea un encantamiento, pero una noche vi una cosa muy rara.

—¿Qué era, aya?—preguntó la niña.

—Vi a un hombrecillo del País de las Montañas Azu-



LA REINA ESTABA ENFERMA

les—dijo el aya.—Pasó por mi lado en el momento en que yo encendía la lámpara del corredor que da al dormitorio de vuestra madre. Aquel extraño personaje penetró en la habitación y oí que pedía a la Reina su maravilloso collar de jade. Su Majestad no quería dárselo y cuando aquel hombrecillo salió de la estancia, oí que murmuraba algunas palabras mágicas. Estoy segura de que pronunció un conjuro contra ella. Al día siguiente, Su Majestad la Reina enfermó y desde entonces no ha podido abandonar el lecho.

—¡Oh, aya!—exclamó la princesa María contristada.
—¿Por qué el hombrecillo del País de las Montañas Azules pronunció un conjuro contra mi madre, la Reina?

—El collar de jade procedía de aquel país maravilloso

—replicó el aya.—Y se asegura que el duendecillo que lo vendió a vuestro padre, el Rey, siempre deseó recobrarlo.

—¡Ojalá estuviese aquí papá!—suspiró la princesa.—Pero está lejos, en una extraña tierra, luchando contra sus enemigos. ¿Quién podría auxiliar a mi madre, aya?

—Nadie—contestó la anciana.—Nadie se atrevería a ir al País de las Montañas Azules, a excepción de vuestro padre. Pero ahora, princesa, secad vuestras lágrimas, porque ya es hora de acostaros.

—¿Y, dónde está el País de las Montañas Azules? Dímelo.

—Acompañadme a lo alto del palacio y os lo enseñaré—dijo el aya.

Así fué cómo las dos subieron la interminable escalera y por fin llegaron a la habitación más elevada del palacio. Era redonda y tenía una ventanita circular, en la pared occidental.

—Mirad a través de esta ventana y veréis el País de las Montañas Azules—indicó el aya.—Ésta es la única ventana que da a esa dirección.

La niña pudo contemplar un espectáculo maravilloso. A gran distancia surgían varias montañas de color azul muy intenso y cuyas cimas doraba el sol poniente. Unas nubes blancas rodeaban aquellas cumbres y los valles entre una y otra montaña habían tomado un tono violáceo. Tan extraña y maravillosa parecía aquella lejana comarca, que María sintió el deseo de ir allá. Contempló largamente aquel espectáculo, hasta que el aya se cansó de esperar y le indicó la conveniencia de ir a descansar.

Pero la niña, mientras la bañaban y cuando se hubo

acostado, sólo pensaba en el país que viera a tanta distancia.

—Si yo fuera allí, tal vez encontrara al duendecillo que lanzó el conjuro contra mi madre—pensó.—Me gustaría visitar esa tierra.

Preguntó a su aya qué camino conducía allí.

—No lo sabe nadie más que vuestro padre—contestó la buena mujer.—Es un país frío y pedregoso, habitado por una gente muy rara, que tiene el corazón tan frío y duro como su tierra. Pero lo mejor es que olvidéis todo eso.

María, sin embargo, no pudo dejar de pensar en todo aquello. Soñó que seguía a un jorobadito por la vertiente de una montaña y le gritaba para que se detuviese. Luego miró a un pozo y pudo notar que el fondo estaba lleno de agua dorada. Y por fin soñó que su madre se había restablecido.

Al despertar vió que estaba amaneciendo. Se sentó en la cama y recordó el País de las Montañas Azules, que viera la noche anterior. Se calzó las zapatillas y luego volvió a la habitación redonda de lo alto del castillo. Una vez más miró por la ventanilla circular y vió, de nuevo, las brillantes montañas azules. Pero, ¡qué cosa tan rara! Parecían mucho más cercanas que la noche anterior y, además, vió un ancho camino que llevaba a ellas. La princesita se quedó muy asombrada y pudo darse cuenta de que aquel camino se iniciaba junto a la valla del jardín real.

En un momento se decidió a emprender el viaje, montada en su caballito. Volvió presurosa a su habitación, se vistió y luego fué a las cuadras en busca de su montura.

—Iremos al País de las Montañas Azules—murmuró a su oído.

Pero en cuanto lo oyó el caballito, se echó a temblar y no quiso moverse. En vista de eso, la niña fué en busca del asno, que tiraba de su coche y le explicó a dónde pensaba dirigirse. Pero también el asno se echó a temblar y se negó a moverse.

Tal conducta de los dos animales entristeció a la princesa, quien, al cabo, resolvió ir sola, pues temía que, en caso de no partir inmediatamente, desaparecería, quizá, aquel camino desconocido y ya no podría encontrarlo más.

Partió, pues, sola y abrió la puerta del jardín.

Ante ella vió el camino que resplandecía cual si fuese de oro al recibir el sol de la mañana. ¡Qué maravilloso! Echó a andar por él y apenas había dado unos pasos, cuando oyó unos ladridos a su espalda.

Era Temerario, su enorme perro, que, al notar que su amita salía del palacio, fué a reunirse con ella. Y la niña se alegró mucho de verlo a su lado.

—Ven conmigo, Temerario. Voy al País de las Montañas Azules y ni el asno ni el caballo han querido acompañarme.

Temerario le lamió la mano y luego se tendió a su lado, para que la niña pudiese montar en él, como lo hacía con frecuencia.

—Has tenido una buena idea—dijo la princesita.—Si me llevas, Temerario, no tardaremos mucho en llegar allí.

Montó en el perro y éste echó a correr por el brillante camino. A lo lejos resplandecían las montañas azules y, poco a poco, el palacio de la niña disminuía en la distancia.



POR FIN LLEGARON A LA PUERTA.

Al cabo de un rato el perro tuvo sed, de modo que la princesita se apeó y ambos buscaron agua corriente. Hallaron un arroyuelo a poca distancia del camino y ambos apagaron en él la sed. Entonces, de pronto, el perro dió un fuerte ladrido y con una de sus patas delanteras señaló la parte del camino que acababan de recorrer.

La niña miró y pudo ver una cosa extrañísima. El camino desaparecía.

—¡Oh!—exclamó dirigiéndose a su compañero.—Corre lo que puedas, porque tenemos necesidad de llegar a las Montañas Azules antes de que el camino desaparezca por completo.

Con la mayor rapidez continuaron su viaje, en tanto que detrás de ellos el camino desaparecía como si fuese

una alfombra que alguien arrollase. En el lugar en que antes estaba aquella hermosa vía surgían grandes rocas y espesos bosques, de modo que la niña temió la posibilidad de que desapareciese el camino antes de que pudiera llegar a las montañas azules.

El perro, jadeando, corría cada vez más y las montañas azules ya estaban cerca.

—¡Corre! ¡Corre! — gritaba María. — El camino ha desaparecido casi por completo a nuestra espalda.

Miró y pudo darse cuenta de que ya estaban muy cerca de las montañas. Una de ellas, altísima y puntiaguda, tenía una enorme puerta en su base y la niña comprendió que debía ser la entrada de aquel extraño país.

El perro continuó corriendo y, por fin, llegó ante la puerta, en el momento en que desaparecía por completo toda traza de camino.

La niña y el perro se vieron ante la puerta, rodeados de negras rocas y de un bosque muy espeso.

Abrióse el batiente y ambos pudieron penetrar por la abertura. Luego la puerta se cerró con ruido y la princesa miró a su alrededor. Por todas partes vióse rodeada de montañas, en las que no crecían ni los árboles ni la hierba. Las vertientes eran rocosas y áridas, y tan azules como las flores de la miosota.

Los arroyos procedentes de las alturas eran también azules y las únicas flores que había allí eran grandes como platos e igualmente de color azul.

—¡Qué extraño país!—exclamó la niña. Luego dijo a Temerario:—No te separes de mí, porque tengo miedo.

Eligieron la senda que había entre dos montañas y echaron a andar por ella. La princesa se sorprendió al ver que allí no había nadie. Mas, por último, descubrió a dos individuos y los llamó. Ellos se detuvieron para

contemplantola, con asombro. La princesita, al acercarse, vió que vestían una piel de cabra, también de color azul y que se cubrían la cabeza con gorros del mismo material y color. Los ojos de aquellos sujetos eran fríos y azules, de modo que a la princesita le resultaron antipáticos.

—¿Qué haces aquí?—le preguntaron los dos hombrecillos.—¿Y cómo puedes vivir sin llevar un abrigo de piel de cabra?

—No tengo frío—contestó la niña.—Me parece que el sol es cálido y agradable. No comprendo cómo no os morís de calor con esas chaquetas.

—Solamente los que tienen el corazón cálido pueden vivir aquí sin tener frío—dijo uno de los hombrecillos.—Nosotros, los habitantes de las montañas azules, no nos calentamos ni siquiera en los días más calurosos. ¿Para qué has venido a nuestra tierra fría y pedregosa?

—Vengo en busca de alguien que pronunció un conjuro contra mi madre, la Reina. Está enferma. ¿Conocéís a ese mal hombre? En cierta ocasión vendió al Rey, mi padre, un collar de jade.

—¡Ah! ¿Te refieres a Manosheladas, que vive en lo alto de esa montaña?—contestó uno, señalándola.—Ten cuidado con él, porque es aun más frío que nosotros.

La niña se despidió y echó a andar por la senda que le habían indicado. Era muy empinada y en varias ocasiones ella y el perro resbalaron.

—Tengo tanto calor, que no sé qué hacer—observó la princesa sentándose y haciéndose aire con la mano.—¿Cómo es posible que esa gente tenga frío, si han de subir tales montañas?

Precisamente entonces alguien subía por una senda inmediata y María vió que era un jorobadito, también abrigado por una piel de cabra azul. Lo llamó, pero aquel

sujeto llevaba tan bien encasquetado su gorro de piel, que no la oyó.

—Tal vez es Manosheladas—dijo la niña a Temerario.—Ven, lo seguiremos.

Continuaron su camino, siguiendo al hombrecillo por la ladera de la montaña. Por fin este último llegó a la casita y se metió en ella. María y Temerario lo siguieron y la primera llamó con fuerza a la puerta.

Manosheladas, muy sorprendido, acudió a abrir, pues rara vez tenía visita.

—¿Quién eres y qué deseas?—preguntó.

—Soy la princesa María y he venido a rogarte que anules el conjuro que pronunciaste contra mi madre, la Reina—dijo la niña.—Y como, por esta causa, está enferma, quiero que recobre la salud.

Los azules ojos de Manosheladas parecían dos pedacitos de hielo. Asombrado, miró a la niña y luego le tendió la mano.

—Has venido a este país frío y pedregoso—dijo—donde todos temblamos de frío y, sin embargo, tú vas sin abrigo y sin gorro. Déjame que toque tu mano. ¡Caramba, está ardiendo!

—No vuelvas a tocarme con la tuya — dijo la niña estremeciéndose.—Está fría como si fuese de hielo.

—Mi corazón está frío y por esta causa siempre me siento helado—contestó, muy triste, aquel hombrecillo.—Todas las personas que tienen el corazón frío, vienen a vivir aquí, y nunca más sabemos ya lo que es tener calor. ¡Ojalá mi corazón fuese cálido como el tuyo! ¡Qué feliz sería!

—Sí y también serías bondadoso—contestó la niña.—Cometiste una crueldad al pronunciar un conjuro contra mi madre. Dime, ¿hay algún medio para destruirlo?



—¿QUIÉN ERES Y QUÉ DESEAS?—PREGUNTÓ
MANOSHELADAS

—¿Para qué habré de hacer tal cosa?—preguntó Manosheladas, mientras sus ojuelos brillaban como si fuesen de hielo.—Yo quería recobrar el collar de jade y tu madre no quiso devolvérmelo. Es muy mala.

Temerario empezó a gruñir y luego mordió un tobillo de Manosheladas, pues se encolerizó al oír aquellas palabras contra su ama. El hombrecillo dió un salto de miedo.

La niña se echó a llorar. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas y Manosheladas las tocó, extrañado.

—Incluso tus lágrimas son calientes—exclamó, sorprendido.—¡Oh, si yo tuviese un corazón tan cálido como el tuyo!

—Pues, mira, si destruyes ese conjuro pronunciado contra mi madre, te daré mi cálido corazón, para tomar el tuyo en cambio—contestó valerosamente la princesita.

Manosheladas no se resolvía a creer tal cosa. Mas al observar que la niña lo decía en serio, la cogió de la mano y los dos echaron a correr cuesta abajo.

—Iremos al pozo del agua dorada—dijo.—Una botella de ésta curará a tu madre. Luego iremos al palacio de la Reina del Corazón de Piedra y ella cuidará de cambiar nuestros corazones. ¡Qué feliz seré, princesa, cuando posea el tuyo!

La niña corría a su lado, bastante asustada, al pensar en los resultados de aquel cambio. Pero siquiera le serviría para curar a su mamá.

Por último llegaron al pie de la montaña y cruzaron el valle. En cuanto la niña se sentía fatigada, Temerario la llevaba sobre su lomo.

Al cabo de mucho rato, se encontraron al pie de una altísima montaña azul, la más alta de todas, en cuya cima resplandecía un palacio de hielo del mismo color.



MANOSHELADAS LA COGIÓ DE LA MANO Y ECHARON A CORRER CUESTA ABAJO

Era muy hermoso, pero su aspecto resultaba repelente, de modo que la niña se alegró de no tener que vivir allí.

Los tres subieron por la tortuosa senda y ni siquiera aquel violento ejercicio infundió calor al hombrecillo.

Sus manos y sus mejillas continuaban pálidas y frías, a pesar de que las de la niña parecían de fuego. También Temerario tenía calor y llevaba colgante la roja lengua.

A medio camino llegaron a un pozo, el mismo que la niña viera en su sueño. Miró al fondo y pudo divisar el agua dorada. No había ningún cubo para tomarla, mas el hombrecillo no tardó en indicarle el medio de alcanzarla. Se ató una cuerda en torno del cuerpo, sujetando el otro extremo a un poste que había junto al pozo y lue-

go descendió hasta alcanzar el agua. Llenó una botella y luego, con ayuda de la niña, volvió a subir. Todos los puntos de su traje que había tocado el agua, brillaban como el sol poniente. Manosheladas dió la botella a la princesa, que se la guardó en el bolsillo.

De pronto sintió que alguien tiraba de su traje y vió que Temerario la miraba. Esforzábale en darle a entender una casa y la niña lo comprendió muy bien. Deseaba que montase en él para echar a correr, sin dar al hombrecillo azul su corazón cálido. Pero la niña no quiso hacerle caso.

—No puede ser, Temerario—le dijo al oído.—Una princesa no debe faltar a su palabra.

Continuaron subiendo hacia el palacio azul y por último atravesaron una puerta formada por un zafiro inmenso y tan hermosa, que María se quedó deslumbrada. Luego penetraron en una sala enorme y la princesita vió a una mujer gigantesca, sentada en un trono de color azul, con adornos de plata.

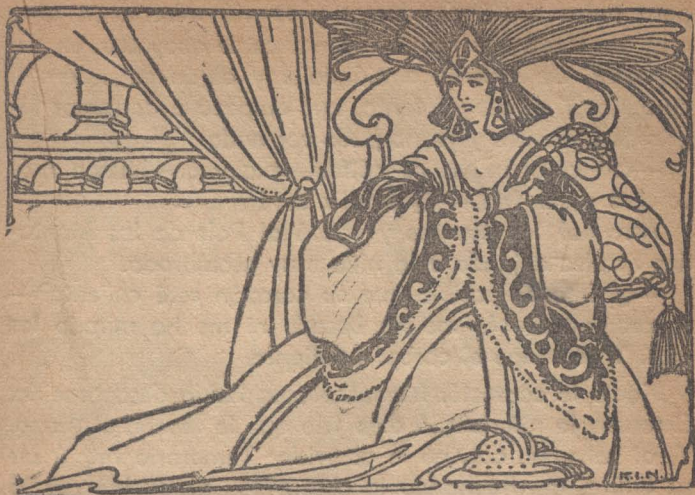
—¿Qué queréis?—preguntó aquella mujer.

—Esa niña quiere cederme su cálido corazón a cambio del mío helado—contestó el hombrecillo.—¿Quieres llevar a cabo ese cambio?

—¿Y para qué quieres el corazón cálido?—preguntó Corazón de Piedra.—Un corazón así es molesto. Obliga a su dueño a realizar actos generosos y llenos de bondad. Es mucho más agradable ser frío y egoísta.

—Pero sus lágrimas son calientes—observó Manosheladas.—Eso debe de ser maravilloso. ¡Cuánto me gustaría querer a alguien y ser correspondido! Por favor te ruego que hagas ese cambio.

—Puedo hacerlo si así lo deseáis—dijo la gigantesca mujer.—Toma a la niña de la mano, dirígete a las puer-



VIERON UNA MUJER GIGANTESCA SENTADA EN UN TRONO AZUL CON ADORNOS DE PLATA

tas del País de las Montañas Azules, dale dos besos y mira fijamente a sus ojos. De ese modo se realizará el cambio de vuestros corazones.

El hombrecillo dió las gracias y luego los tres salieron del palacio.

La niña y Manosheladas iban cogidos de la mano y la primera se estremecía de frío, en tanto que la mano de su compañero se calentaba cada vez más.

Y de ese modo llegaron a las puertas que la princesita atravesara aquella misma mañana.

Había anochecido ya y salía la luna. Manosheladas soltó la mano de la niña y esperó a que la luna se asomase por detrás de la nube en que se había ocultado,

pero antes sintió dos besos y se vió mirando a unos ojos, en tanto que un par de manos se apoyaban en sus hombros. De repente sintió dolor y algún calor en el corazón. Y se alegró tanto, que empezó a derramar lágrimas ardientes y ya no pudo ver nada.

—Mi corazón ya es cálido—exclamó.—Nunca más volverá a ser frío.—¡Qué feliz soy!

Atravesó las puertas y volvió al País de las Montañas Azules dejando a la niña muy asombrada.

—¿Cómo es posible que su corazón esté caliente?—se preguntó.—No me ha besado ni me ha mirado los ojos. Y yo tengo el corazón caliente.

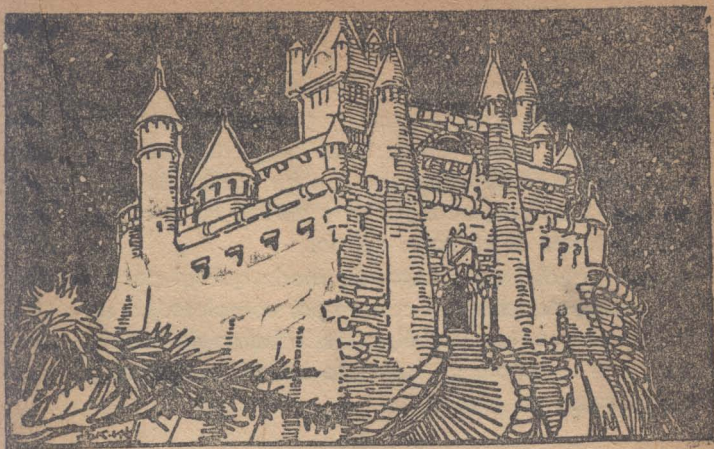
Nadie le contestó. Manosheladas había desaparecido. Entonces la niña sintió algo frío que le tocaba el brazo. Y, al volverse, adivinó lo ocurrido: Temerario fingió ser su amita, aprovechando la obscuridad producida por la ocultación momentánea de la luna y, apoyando sus patas anteriores en los hombros de Manosheladas, le lamió dos veces la cara, de modo que el hombrecillo se figuró que le había besado Maria, como le ordenara Corazón de Piedra.

—¡Oh, querido Temerario! Has entregado tu buen corazón a cambio del mío—exclamó abrazándolo.—Eres el mejor perro del mundo. Pero ¿qué ha sido del corazón frío de Manosheladas? ¿Lo tienes tú?

El perro, tristemente, inclinó la cabeza y luego echó a andar al lado de su ama.

Sentía el corazón pesado y frío y había desaparecido su alegría. Sin embargo, estaba satisfecho de haber salvado el corazón de su amita y de que ésta tuviese en su poder el agua de oro.

Una vez más se extendió el maravilloso camino desde el País de las Montañas Azules hasta el palacio del



EL PALACIO DEL REY BRILLABA A LA LUZ DE LA LUNA

Rey. Al poco rato, la niña, fatigada, volvió a montar en Temerario y, por último, ambos llegaron al palacio y la princesita se encaminó a la habitación de su madre, la Reina.

Llenó un vaso con el agua de oro e hizo de modo que su madre se la bebiese.

—¡Ya estoy sana!—exclamó de pronto la Reina.—
¡Oh, María! ¿De dónde has sacado esa agua maravillosa?

La niña le refirió la historia y la Reina se echó a llorar, pensando en el pobre Temerario y en su helado corazón.

—Mírale, mamá, está junto al fuego y, sin embargo, tiembla. ¿Qué podríamos hacer por él?

La anciana aya entró en la habitación y se echó a llo-

rar de alegría al ver de nuevo a la princesita y al notar que la Reina estaba curada. Y en cuanto se enteró de lo ocurrido al perro, contestó sonriendo:

—No os apuréis, princesa; pronto se encontrará mejor. Ningún perro puede tener largo tiempo el corazón frío. Alimentadlo con leche fresca mezclada con las lágrimas que derraméis por él y dentro de pocos días volverá a tener el corazón cálido.

Así sucedió, en efecto, de modo que el perro no tardó en tener el corazón curado por completo. La niña sentía tanta gratitud por él, pues le había salvado su corazón, que le regaló un hermoso collar del que colgaba un corazoncito de oro.

EL COBARDE

Ruperto iba a la escuela con los demás niños, pero no era feliz. Tenía un carácter esquivo y tímido y un día que la maestra le regañó por no saber cuántos eran tres por siete, se echó a llorar.

Aquello era ridículo. Los demás niños lo miraron riéndose y cuando salieron a jugar, le dijeron:

—Eres un cobarde. Te da miedo que te regañe la maestra.

Y siguieron llamándole cobarde, bailando a su alrededor. Ruperto estaba muy asustado, pero no se atrevía a replicar y al ver que se sonrojaba, los demás echáronse a reír.

—¡Es un crío!—gritaron.—Vamos a llamarlo Cobarde y así se llamará siempre.

Así lo hicieron, aunque a Ruperto le molestaba mucho. Pero los niños siguieron llamándole Cobarde, de tal manera que, al cabo de algún tiempo, él casi olvidó cómo se llamaba.

De todos modos aquello le disgustaba mucho, porque, además, no lo merecía. Y deseó encontrar el medio de demostrar a los otros niños que era tan valiente como ellos.

Transcurrió la mitad del curso y sus compañeros seguían llamándolo Cobarde. Pero un día, cuando salieron de la escuela para ir a casa, vieron algo muy desa-



AQUEL HOMBRE SE ENCOLERIZÓ Y EMPEZÓ A PEGAR AL ASNO

gradable. Era un hombre que pegaba a su burro. El pobre animal estaba enganchado a un carro lleno de muebles, demasiado pesado para él; dábase cuenta de que no podía arrastrarlo, pero el hombre pensaba de otro modo.

En vano demostraba su buena voluntad, dando fuertes tirones y, por fin, su amo empezó a darle garrotazos con el mango del látigo.

—¡Mirad!—exclamó el mayor de los niños.—Mirad a ese hombre malvado que pega al pobre burro.

—¿Por qué no se lo impedimos?—preguntó otro.

—A lo mejor nos pega a nosotros—replicó un tercero.

Todos se quedaron allí, muy preocupados, aunque sin atreverse a intervenir. En aquel momento llegó Ruperto y al darse cuenta de lo que ocurría, se reunió con sus compañeros y agarró del brazo al mayor.

—¿Por qué no impides eso, Ricardo?—preguntó.

—Hazlo tú, Cobarde—dijo el otro.—Ese hombre es capaz de molernos a garrotazos.

—Pero no podemos permitir que mate a ese pobre burro—dijo Ruperto casi llorando.—El carro está demasiado cargado. Impídeselo, Ricardo.

—¡Mirad al Cobarde, está llorando! — exclamó Ricardo.

—No lloro—replicó Ruperto. — Me compadezco de ese pobre burro. Y si ninguno de vosotros es lo bastante valiente para protegerlo de ese hombre cruel, lo haré yo.

Echó a andar en dirección al carro, en tanto que sus compañeros lo miraban asombrados.

—Oiga—exclamó Ruperto dirigiéndose a aquel hombre.—¡Basta de pegar! ¿No me oye? No puede pegar a su burro de ese modo.

—¿Ah, no?—preguntó aquel hombre.—Pues mira, si te metes en lo que no te importa, te pegaré a ti también. Ahora, lárgate.

Pero Ruperto no se marchó. Estaba enojadísimo y no hizo caso de la amenaza.

—Si no deja usted de pegar al burro, le obligaré.

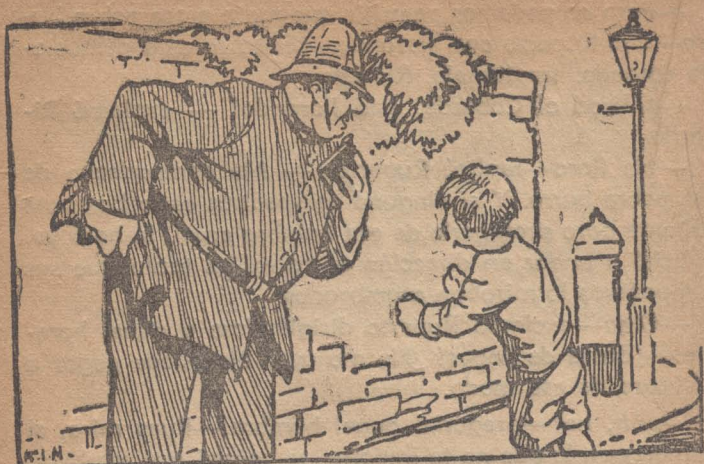
—Me gustaría verlo—contestó aquel individuo.

Ruperto le dirigió una mirada de cólera y luego se marchó corriendo. Sus compañeros se figuraron que huía y empezaron a llamarle cobarde.

Pero el niño tenía otra intención. Se acercó al primer agente de policía que vió, para darle cuenta de la conducta de aquel hombre cruel.

El agente echó a correr, siguiendo al niño y, al comprobar la exactitud de su denuncia se dirigió al dueño del asno y, después de amonestarlo severamente por su conducta, le obligó a dar su nombre y domicilio, asegurándole que ya tendría noticias suyas, puesto que no estaba permitido castigar cruelmente a los animales.

Los niños, en cuanto hubo terminado el caso, emprenden-



FUÉ EN BUSCA DEL PRIMER AGENTE DE POLICIA QUE
ENCONTRÓ, A QUIEN REFIRIÓ LO QUE ESTABA
OCURRIENDO

dieron el camino hacia sus moradas respectivas, diciéndose que, en resumidas cuentas, el único, entre todos, que demostró valor y decisión, había sido el que llamaban cobarde. Y como ocurre siempre en tales casos, todos desearon convertirse, en adelante, en sus amigos.

Por la tarde refirieron el caso a la maestra, quien lo puso en conocimiento del director. Éste felicitó a Ruperto y el niño ocupó, en adelante, el mejor lugar de la clase.

El dueño del asno tuvo que pagar una multa por haber castigado cruelmente al pobre animal. Luego alguien le compró el desgraciado asno, lo cuidó una temporada para devolverle la salud y su robustez y un día Ruperto lo recibió como regalo.

El niño lo encontró ante la puerta de su casa y vió que, en torno de su cuello, llevaba una etiqueta que decía:

“Para el valeroso niño que me defendió cuando necesitaba un amigo.”

El niño, sorprendido y alegre en extremo, dió un abrazo al asno y luego exclamó:

—Ahora nos vamos los dos a la escuela.

En efecto, montó en él y llegaron a la escuela ante el asombro de todos los niños.

Éstos ya no volvieron a llamar Cobarde a Ruperto y él, por su parte, se alegraba mucho de no volver a oír aquel apodo desagradable.

EL DUENDECILLO EN LA JAULA

Rupín era un duendecillo hambriento, que siempre andaba buscando algo que comer. Vivía en un agujero bajo una piedra, que había tapizado con plumas, musgo y telarañas, de modo que allí estaba muy cómodo. Desde luego habría debido trabajar para ganar dinero y comprar lo que deseara, pero era muy perezoso. ¿Qué hizo en cambio?

Pues se dedicaba a robar la comida de los perros, gatos y palomos.

Como es natural, tanto el perro como el gato se dieron cuenta de los robos de que eran víctimas y desearon impedir que continuase aquel estado de cosas. El perro se quejó al gato, pero éste le contestó que más valía que no se metiese en aquel asunto. Y explicó el caso de que su abuela, una vez, se peleó con un geniecillo y él, en venganza, le hizo crecer la cola y las orejas de tal modo, que la pobre gata estaba horrorosa.

Aquella historia asustó al perro y para evitar disgustos, resolvió no meterse con el duendecillo.

En cuanto a éste, prefería apoderarse de los cañamones del palomo. Cuando podía coger una buena cantidad, tenía asegurada la comida por largo tiempo.

Pero un día, cuando su saco estaba lleno de cañamones y bien oculto, alguien lo encontró. Rupín, había ido a casa del sastre, que le hacía un traje nuevo, y durante su ausencia un ratón descubrió su tesoro y se lo comió.



RUPÍN ROBABA LA COMIDA A LOS GATOS, PERROS Y PALOMOS

¡Cuán grande fué el disgusto del duendecillo! Era ya de noche y no había manera de encontrar nuevas provisiones. Por otra parte, él tenía mucha hambre. Después de reflexionar unos momentos, se puso en pie de un salto y exclamó:

—Ya sé lo que haré. El canario de la dueña de la casa tiene siempre alpiste en la jaula. Voy a quitárselo.

Atravesó el jardín a obscuras y encaramándose por una mata se subió a la ventana del cuarto de los juguetes. Vió que estaba desocupado y pudo divisar la dorada jaula del canario. Éste habíase dormido con la cabeza debajo del ala. Rupín pronunció un conjuro, gracias al cual se elevó en el aire y pudo llegar a la jaula, a la que se agarró. Ignoraba cómo podría abrir la puerta, pero no se preocupó gran cosa, seguro de que podría entrar por los barrotes.

Lo consiguió al fin, pero, en aquel momento, el canario, despertándose, asustado, dió algunos trinos y lue-

go reconvino al duendecillo por haber entrado en la jaula.

—Tengo hambre—exclamó Rupín.—Y he venido a quitarte un poco de alpiste.

—Eso sería robar—exclamó el canario.—¡Vete!

El duendecillo no le hizo caso. Sentóse encima del comedero y empezó a hartarse de alpiste. De pronto vió un terrón de azúcar entre dos barrotes, cosa que le alegró sobremanera. Lo cogió y continuó comiendo alpiste y azúcar, alternativamente, hasta que, al fin, se hubo saciado. El canario lo miraba con el mayor enojo.

—Bueno, ya no puedo comer más—observó Rupín.—Me voy.

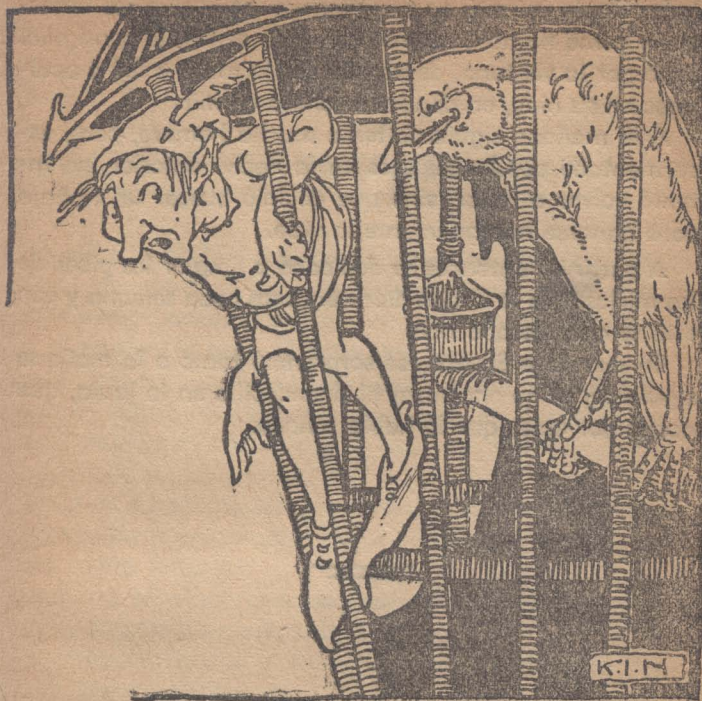
Y se agarró a dos barrotes para pasar por entre ellos. Pero como había comido mucho, no pudo pasar, por más esfuerzos que hizo.

Mientras tanto, el canario lo miraba complacido y cuando estuvo seguro de que el duendecillo no podía escapar, le anunció que a la mañana siguiente su amito tendría una gran sorpresa.

Rupín se asustó mucho, mas, al fin, convencido de que no podría salir, se resignó. Y como tenía frío, quiso acercarse al canario para calentarse, pero el pajarito le dió un empujón y un picotazo, que lo hizo caer de cabeza al bebedero.

Salió hecho una lástima, tembloroso y con más frío que antes. Y no atreviéndose a acercarse, de nuevo, al canario, se pasó la noche dando paseos por la jaula, arrepintiéndose de lo que había hecho.

A la mañana siguiente, la niña Susana, que era la dueña del canario, fué para cambiar el agua de éste y no hay que decir el asombro que tuvo al ver al duendecillo. Corriendo, fué a llamar a sus papás y a todos los criados, quienes acudieron para contemplar el extraño es-



RUPÍN NO PUDO SALIR POR ENTRE LOS BARROTES

pectáculo. Rupín estaba avergonzado a más no poder. Y no sin gran miedo sufrió el examen de toda la familia.

Durante todo el día acudieron innumerables personas para contemplarlo y, mientras tanto, el duendecillo estaba asustado y deseoso de que alguien abriese la puerta de la jaula.

Por la noche, cuando ya todo el mundo se había acos-

tado, Rupín intentó de nuevo pasar por entre los barrotes, y como no había comido en todo el día, lo consiguió. Salió por la ventana, descendió por la mata y fué a ocultarse en su nido, en donde se echó a dormir.

A la mañana siguiente tenía mucha hambre, pero, escarmentado por los sucesos de la noche anterior, no intentó volver a robar, sino que decidió buscar un trabajo para ganarse honradamente la vida.

A partir de entonces se dedicaba a limpiar los picos de los mirlos, que le daban diez céntimos cada semana y con esto se consideraba rico.

En cuanto a Susana, se sorprendió tanto a la mañana siguiente, al no encontrar el duendecillo en la jaula, que acabó por creer que lo había soñado.

LOS PLANES DEL SEÑOR SIMPLÓN

El señor Simplón estaba muy contento de sus gallinas, un día de mercado, porque habían puesto cincuenta y tres huevos. Tenían la cáscara de color pardo, eran grandes y excelentes para el desayuno.

—¡Cincuenta y tres!—se decía cuando los llevaba al mercado dentro del cesto.—Hoy se pagarán a treinta céntimos cada uno. Cincuenta y tres por treinta, ¿cuánto será?

Hizo un largo cálculo y, por fin, se dió cuenta de que si los vendía todos, tendría quince pesetas y noventa céntimos. ¡Una fortuna!

Una vez en el mercado se sentó detrás del cesto y empezó a pregonar su mercancía.

—¡Huevos frescos a treinta céntimos! ¡Huevos frescos a treinta céntimos!

Luego pensó lo que haría con las quince pesetas y noventa céntimos y, al fin, decidió comprar una oca para que empollase huevos. Y cuando hubiesen nacido los pollitos, los vendería por una buena suma de dinero.

Sonrió satisfecho al pensar en eso y como entonces pasaran por delante de él la señora Guiños y el señor Alcalde, le preguntaron la causa de su sonrisa.

—Estoy pensando en lo rico que seré —contestó el señor Simplón.—Compraré una oca y unos huevos para que los empolle, una vez haya vendido éstos que han puesto mis gallinas. Y cuando nazcan los polluelos los



—NO CREO QUE LLEGUES A SER RICO—OBSERVÓ
LA SEÑORA GUIÑOS

engordaré y podré venderlos a cinco pesetas cada uno.

—¿Y si los huevos de oca salen malos?—observó la señora Guiños.

—No es posible—contestó el señor Simplón, muy enojado; de modo que se aproximaron a su puesto otro hombre y otra mujer, para enterarse de lo que ocurría.

—Los huevos serán buenos. Y, por lo menos, sacaré ocho duros de los pollitos. Con ese dinero me compraré una cabra.

—¿Y qué harás de ella? — le preguntó otro riéndose.

—¡Que qué haré!—exclamó Simplón, muy irritado.



EL SEÑOR SIMPLÓN SE CAYÓ SENTADO EN EL CESTO DE LOS HUEVOS

—Pues venderé la leche y de este modo ganaré tanto dinero, que podré comprar una vaca.

—¿Pero no comprendes, tonto—observó el Alcalde,—que tardarías muchos años en reunir el dinero para comprar una vaca? ¡No sabes lo que estás diciendo!

—¿No?—exclamó el señor Simplón.—Pues ya lo verán ustedes, pues en cuanto tenga la vaca, vendo la leche y la mantequilla, me haré rico y todos ustedes podrán verlo.

—A pesar de todo—observó el Alcalde—siempre serás Simplón, como indica tu nombre.

—Se equivoca usted—exclamó Simplón, ya excitado.—Seré sabio, rico y grande, y usted se enorgullecerá de conocerme, pero yo le negaré el saludo. Y no haré

caso de ninguno de ustedes cuando pase por su lado en mi magnífico carruaje.

—Me gustaría mucho verlo — exclamó, riéndose el Alcalde.

—Ríase todo lo que quiera—replicó Simplón.—Pero ya me llegará la vez de reír. Y le diré a mi cochero: "¿Ves a todos esos idiotas que me están mirando? Pues dales de latigazos". Y entonces ustedes echarán a correr así.

El señor Simplón retrocedió súbitamente, cual si estuviese asustado por un látigo. Y como no veía por dónde andaba, se cayó sentado sobre su cesto de huevos.

—¡Oh, pobres huevos! — exclamó, esforzándose en levantarse.

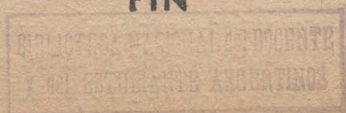
El cesto se quedó pegado al fondo de sus pantalones, de modo que el Alcalde tuvo que darle un tirón para librarlo de él.

—¡Soy un idiota!—exclamó el señor Simplón.—De eso no hay duda. Acabo de perder huevos, pollitos de oca, cabra, vaca, casa nueva, coche y todo lo demás. Está visto que merezco el nombre que llevo.

Y se volvió a su casa llevando el cesto vacío, y muy preocupado por lo que diría su mujer.

Cuando ella se enteró de lo ocurrido, se enojó en gran manera y, agarrando una escoba, persiguió a su marido por toda la casa y él, finalmente, tuvo que ir a pasar la noche entre las gallinas.

FIN



Libros de Fábulas



Con esta serie EDITORIAL MOLINO lleva hasta los niños las grandes enseñanzas morales que encierran las fábulas de los consagrados maestros de este género literario. Cada libro lleva un dibujo a pluma por fábula y la cubierta a todo color.

Publicados:

- 1—FABULAS DE SAMANIEGO.
- 2—FABULAS DE IRIARTE.
- 3—FABULAS DE ESOP.
- 4—FABULAS DE LA FONTAINE.
- 5—FABULAS DE PRINCIPE.
- 6—FABULAS ESPAÑOLAS.
- 7—FABULAS AMERICANAS.

PRECIO DE CADA VOLUMEN: \$ 2.50



EDITORIAL MOLINO ARGENTINA

MIGUELETES 1023

BUENOS AIRES
